

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo vamos a enterarnos de una vez de en qué ha quedado lo del Sahara, si puede saberse?



—¿Cuándo van a empezar a descubrirse los vendidos al oro de Suiza?



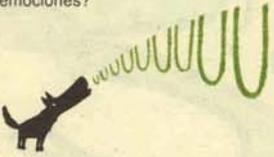
—¿Cuándo se van a aclarar los escándalos económicos de los últimos años?



—¿Cuándo van a dejar de «calentarnos» con congelaciones salariales?



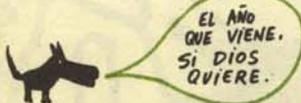
—¿Cuándo será el pueblo protagonista de la historia y no sólo de las emociones?



—¿Cuánto va a durar el futuro?



—¿Cuándo saldrá Triunfo?



DE DON MARCELO A DON MARCELINO

Aprovechando que don Marcelino Camacho va a estar unos días fuera de la trena, y que la ocasión la pintan calva, nos cumple establecer un paralelismo o analogía de proporción entre don Marcelo, el primado, y don Marcelino Pan y Agua, como dijo «Por Favor». Ambos llegaron a Madrid desde el extrarradio: Don Marcelo, desde la Ciudad Imperial, cosa que se le notaba; don Marcelino, desde Ca-

rabanchel, asimismo notándosele las secuelas. Los dos dieron el golpe: uno, en la plaza de Oriente; el otro, en la del Progreso. Donde falla la analogía de proporción es en el asunto, en el argumento de sus alocuciones. Rubeniana, la de don Marcelo. Miguelhernandezca, la de don Marcelino. Aquél, unido por vínculo a la Iglesia; éste, a una señora, justo desde la boda de Camacho, menos surtidas, dicen, que las de su antecesor. Don Marcelo habló de la espada y de la cruz. Don Marcelino llevaba la cruz a cuestras y habló de amnistía. Durante la intervención de don Marcelo, no intervino la fuerza pública. Durante la intervención de don Marcelino, tampoco. Don Marcelo volvió a la Ciudad Imperial. Don Marcelino (por lo menos cuando se escriben

estas líneas) no ha vuelto aún a Carabanchel.

Se ve claramente que un destino único les une por los antípodas, y que don Marcelo y don Marcelino, incluso, son purpurados los dos, aunque los tonos sean distintos. Y uno es cardenal y el otro tiene el alma llena de cardenales. ■ L.

¡HURRA, CONDUCTORES!

Sea yo indultado, riase el poblado. Conductores, amigos que conducís junto a mí y contra mí, como yo junto a vosotros y contra vosotros, estamos de enhorabuena. Y a la grúa que la vayan dando con el puro del corregidor. Que todo el monte es orégano, que ya os lo decía yo. Dice mi canción: «Yo soy el doctor Petiot del volante —y si no me dan por detrás— doy yo por delante». Estribillo: «¡Cranchcataplum!» Vuélvese a cantar la copla y luego al estribillo otra vez, hasta que llegue el municipal. Todo está muy justificado y bien justificado. Si uno tiene ideas propias sobre el motor de explosión e interpreta el delco o las bujías con arreglo a su libertad interior, eso no es subversión. Lo más, lo más, cultura. El automovilista tiene que conducir, estrellarse, pegarse con su padre, aparcar en las aceras y en segunda fila, apostrofar a los taxistas y adelantar en cambio de rasante en paz, progreso y libertad. O sea, en plan reconciliación. Si hacía falta una prueba capital y decisiva de que estamos dispuestos a entrar en la Europa comunitaria, ésa es: la rehabilitación de los automovilistas contumaces. ¡Qué vergüenza para la grúa ultra, y que íntimo regocijo para el municipal tímido, y no digamos para la municipal! ¡Aleluya, aleluya! Ya no hay Pirineos. El Giscard y los demás extranjeros se habrán dado cuenta de que Hispania fecunda venturosas almas, salve es cosa fina y que, por fin, nos damos la paz, que es lo que quiere el purpurado Tarancon e incluso monseñor Guerra Campos, que desde ahora va a llamarse monseñor Paz Campos, aunque por lo de Eliseos todavía no pasa. Conductores, venga esa mano; guardias municipales, venga esa mano; Ayuntamiento, venga esa mano; grúa, venga esa mano, y perdonen que no les dé la mía, que yo no me reconcilio así como así, que una vez di la mano y desde entonces soy un minusválido de aquí te espero. Bueno, qué,

